

que Antonio está de vuelta! « Mena, jamás hubiera pensado que el voluptuoso Antonio vistiese de nuevo la coraza para una guerra tan ligera; él solo vale más que los otros dos juntos. Pero concebamos alta opinión de nosotros mismos, pues que el rumor de nuestra marcha ha sido capaz de arrancar á Antonio de los brazos de la reina de Egipto, y suspender su insaciable apetito de placeres. »

En efecto, Antonio vuelve á Roma, y celebra una conferencia con Lépido y Octavio: este último, conociendo que la razón está de su parte reprende á los otros dos; Lépido confiesa algunos de sus yerros, y la paz se arregla, y Octavio la afianza dando á Antonio su hermana por esposa. Entónces Enobarbo, compañero de Antonio, en conversacion familiar con Mecenas y Agripa, sus antiguos amigos, les refiere el lujo y las locuras de Antonio y Cleopatra.

Un adivino egipcio, quizá sobornado por esta última, exhorta continuamente á Antonio á no permanecer junto á Octavio, pues la estrella de este domina á la suya. Antonio no quisiera prestarle oído, pero dice: « Sea casualidad ó arte, este hombre ha dicho la verdad. Hasta los dados obedecen á César, y en nuestros juegos mi superior destreza es vencida siempre por su fortuna: si nos sometemos á la suerte, los premios más ricos no le faltan nunca, y siempre en los juegos públicos sus cordones matan á las mías, á pesar de cuantas precauciones se tomen para mantener la igualdad entre los dos partidos. Quiero volver á Egipto. Si acepto este himeneo, es solo por asegurar mi paz; pero todos mis placeres están en Oriente. »

La reina de Egipto, que ha quedado sola, no vive sino de memorias y deseos; la música y el lujo no la divierten ya; al que le lleva noticias de Marco Antonio dirige mil preguntas, mostrándose amante sincera cuando el objeto de su amor está lejano, como sucede á los orgullosos. Á un mensajero que la informa de la salud del triunviro prodiga regalos; pero cuando al fin, entre las infinitas preguntas y expansiones de la reina, logra decirle que se ha casado con Octavia, su furor la arrastra al extremo de golpearle y condenarle á muerte. En seguida le llama de nuevo, y quiere que le refiera todo; y su orgullo, herido en lo vivo, prorrumpe en quejas:

« Estoy castigada; conduceme lejos de aquí, yo os sigo. ¡Oh Iras, Carmiana!... pero, no sirve.... Vé á tu casa, buena Alexa, y haz que te describan el rostro de Octavia, sus años, sus inclinaciones, sin olvidar el color de sus cabellos, y vuelve pronto á informarme. (Sale Alexa.) Olvidáosle para siempre.... ¡Ah! no.... Carmiana. Aunque por un lado se me presenta como la monstruosa Gorgona, por el otro me parece Marte. Dí á Alexa que se apresure á informarme sobre la estatura de Octavia. Compadéceme, Carmiana; pero no me hables; conduceme á mi estancia. »

La conferencia entre los triunviros y Pom-

peyo junto al Miseno, cuando Mena propuso cortar el cable y hacer al último señor del mundo, es históricamente tan dramática que no se necesitaba más que poner la narración en diálogo. Enobarbo y Mena hablan con cierta malignidad del estado de las cosas, y llegando al casamiento de Antonio, Enobarbo dice: « Si tuviese que sacar pronósticos de ese enlace, no presagiaría así. »

MENA. Se me figura que en él ha tenido más parte la política que el amor.

ENOB. Lo mismo se me figura á mí. Verás como el nudo que parece estrechar hoy para siempre su amistad, la destruirá. Octavia es casta, y de carácter frío y reservado.

MENA. ¿Y cuál es el hombre que no desearía tener una mujer de semejante carácter?

ENOB. El que no posee ninguna de esas cualidades; y ese hombre es cabalmente Antonio. Él tornará á su hermosa Egipcia. Entónces los suspiros de Octavia inflamarán la cólera de César, y como te he dicho, la paz quedará rota. Antonio dejará siempre su corazón donde lo ha colocado; á este matrimonio le han inducido solo las circunstancias.

MENA. Puede ser. Ven, sígueme á la nave. Vaciaré una copa á tu salud.

Mena, viendo que Pompeyo no sabe valerse de la perfidia para triunfar, abandona su causa: « No quiero seguir más tu fortuna, que de tal manera declina. El que la busca y no sabe cogerla cuando se le ofrece, no volverá á encontrarla jamás. »

Una orgía en la nave capitana de Pompeyo termina el acto.

En el III, Ventidio ha triunfado de los Partos, y Antonio deja á Roma para ir á Atenas con Octavia. Cleopatra ha enviado á saber qué tal es esta, y su orgullo se complace al oír que le cede mucho en hermosura y que es virtuosa: á cada una de estas noticias da nuevos regalos al narrador.

En efecto, Antonio empieza en Atenas á quejarse á Octavia de que su hermano le haya faltado al respeto y haya renovado la guerra contra Pompeyo; y no tarda en volver á Alejandria, donde impera con Cleopatra sobre el vencido Oriente. Octavio que, una vez depuesto Lépido, no tiene otro rival que él, conoce que es inevitable un rompimiento, mayormente al ver el abandono en que Antonio ha dejado á su hermana.

Estamos en Accio. Á pesar de la oposición de Enobarbo, Cleopatra ha querido seguir allí el ejército de su amante, y Antonio, para condescender con su gusto, prefiere la batalla por mar.

ENOB. Mi valiente general, así perdéis todo el fruto de la experiencia adquirida; desmembráis vuestro ejército, que en gran parte se compone de infantería aguerrida; dejáis ociosa vuestra pericia tan justamente alabada, y abandonando el partido que os promete una victoria segura, os exponéis sin necesidad á los caprichos de la fortuna.

ANT. Combatiré por mar.

CLEOP. Tengo sesenta velas; César no las tiene mejores.

ANT. Quemaremos lo superfluo de la escuadra, y con las naves restantes bien pertrechadas atacaremos á Octavio si osa adelantarse hasta Accio. En caso de sernos contraria la suerte, podremos rehacernos en tierra.

Antonio es vencido y huye: « Oye, Ero; la tierra no quiere ser hollada más por mis pasos. Se avergüenza de sostenerme. Acercáos, amigos míos. La noche me ha sorprendido en este mundo, y he perdido para siempre el sendero. Me queda un bajel lleno de oro, y os lo regalo; divididlo entre vosotros. Huid, corred á hacer la paz con César. »

SIERVOS. ¿Huir? jamás.

ANT. Yo también huí, y los cobardes han aprendido de mí á volver la espalda al enemigo. Amigos, abandonadme; estoy resuelto á seguir un partido en que no os necesito; marchaos. Mi tesoro se halla á la entrada del puerto; apoderaos de él. ¡Oh! ¡he huido en pos de un objeto, que ahora me avergüenza de contemplar! Mis cabellos mismos se rebelan; pues los blancos reprenden á los negros su temeridad, y estos á aquellos su amor y su miedo. ¡Dejadme, amigos! Os recomendaré á personas que os proporcionen el favor de César. Os ruego que no os aflijáis, ni me digáis que queréis permanecer á mi lado; tomad el partido que mi desesperación os grita que abraéis, y abandonad sin remordimientos á los que se abandonan á sí mismos. Pronto, bajad á la orilla; dentro de poco os regalaré mi tesoro y mi bajel. Dejadme un momento, os lo suplico; partid. Y pues que, aunque perdido, tengo el derecho de mandaros, ceded á mi ruego. Me volveréis á ver pronto.

Pero la reina consigue calmar su desesperación. « ¡Oh, señor mío! perdonadme, perdonad á mis tímidas velas! No creía que me siguiérais. »

ANT. Egipcia, bien sabías que mi corazón era inseparable de tu bajel, y que huyendo, me llevarias en pos de ti: estabas segura de tu imperio absoluto sobre mi alma; de que una señal de tus ojos me hubiera hecho desobedecer hasta á los dioses.

CLEOP. ¡Oh, perdon!

ANT. Me veo ahora reducido á dirigir humildes súplicas á un jóven, á arrastrarme en todos los senderos oscuros de la cobardía, yo que gobernaba, por vía de juego, la mitad del mundo, y creaba ó anonadaba á mi capricho las fortunas de los hombres. Tú conocías cuán sometido te estaba, y que mi espada, debilitada por mi afecto, hubiera obedecido á este en todo.

CLEOP. ¡Perdon, perdon!

ANT. ¡No derrames lágrimas; una sola vale tanto como los imperios que he podido ganar ó como todo lo que he perdido! Dame un beso; esto me indemniza de todo. Enviamos nuestro preceptor á Augusto... ¿Ha vuelto? ¡Amor!

me siento fatigado... necesito vino y manjares. Entremos; la fortuna sabe que cuanto más nos amenaza, más la despreciamos.

Á proporción que Antonio descendiendo, se eleva Octavio. Aquel envía su maestro Eufronio á este, en calidad de embajador, diciéndole: « Antonio saluda en ti al señor de sus destinos, y pide se le conceda vivir en Egipto; si esto le es negado, se limita á suplicarte le dejes respirar entre la tierra y el cielo, cual simple ciudadano en Atenas. Esto por lo que á él toca; en cuanto á Cleopatra, tributa homenaje á tu grandeza, sometiéndose á tu poder, y te pide para sus hijos la diadema de los Tolomeos, de que ahora puede disponer tu suprema voluntad. »

OCT. Nada concedo á Antonio; la reina obtendrá lo que desea, con tal que arroje de Egipto á su amante irremediamente perdido, ó que le quite la vida. Entónces accederé á cuanto me pide. Lleva á ambos mi respuesta.

La proposición deja ya entrever el partido que tomarán el guerrero caído y la Egipcia, mucho más ambiciosa que enamorada. En Alejandria pregunta: « ¡Oh Enobarbo! ¿qué debo hacer? »

ENOB. Beber y luego morir.

CLEOP. La culpa de nuestra derrota ¿cae sobre mí ó sobre Antonio?

ENOB. Sobre Antonio solo, que se deja dominar por las pasiones. ¿Qué importaba que hubiéseis vos huido, oprimida por el horror de de una sangrienta batalla, en la que el espanto pasaba alternativamente de una escuadra á otra? ¿Por qué os ha seguido? No era el momento de sacrificar al deleite amoroso los deberes y el honor de general, cuando una mitad del mundo combatía con la otra, y él era el objeto de tan gran contienda. Fué una vergüenza igual á su derrota el seguir vuestra bandera, abandonando una escuadra que quedó abatida al ver huir á su capitán.

Tireo, mensajero de Octavio, viene á lisonjear la vanidad de Cleopatra con la esperanza de un nuevo triunfo.

CLEOP. ¿Qué exige César?

TIREO. Os lo diré aparte.

CLEOP. Son amigos míos todos los que ves; habla en voz alta.

TIREO. Pero, quizá son también amigos de Antonio.

ENOB. Él necesitaria de tener tantos amigos como César, sin lo cual le somos enteramente inútiles. Si César quisiese, Antonio volaría á sus brazos, y nosotros seríamos con gusto amigos de su amigo, esto es, de César.

TIREO. Oídme. Ilustre reina, César os exhorta á no fijar demasiado los pensamientos en vuestra presente situación, y acordaros de que él es César.

CLEOP. Prosigue; eso es obrar como rey.

TIREO. Sabe que permanecéis unida á Antonio menos por amor que por miedo.

CLEOP. ¡Oh!

TIREO. Por eso siente las heridas hechas á vuestro honor, y las mira como una desgracia de la necesidad que no merecíais.

CLEOP. César es un dios que sabe descubrir la verdad; mi honor no ha cedido por afecto; ha sido conquistado por fuerza.

ENOB. (*aparte*) Para asegurarme de que es así, preguntaré á Antonio.— ¡Oh mi señor! ¡mi señor! Eres á modo de un bajel agujereado por todas partes; conviene que te abandone al naufragio; hasta tu tierna amiga reniega de ti.

TIREO. ¿Me encargáis alguna pretension para César? Su deseo es que se le pidan gracias, á fin de tener el placer de concederlas. ¡Cuánto le satisfaría que hiciérais de su fortuna un puntal para la vuestra! Pero lo que avivaría mas su celo en vuestro favor, sería saber de mí que habéis abandonado á Antonio, y que os acogéis bajo su manto como universal señor.

CLEOP. ¿Cómo te llamas?

TIREO. Mi nombre es Tireo.

CLEOP. Nobilísimo embajador, lleva al gran César esta respuesta (*besándole la mano*); dí á tu señor que beso, en la tuya, su mano victoriosa; que estoy pronta á deponer mi corona á sus plantas, y á tributarle homenaje de rodillas. Dile que espero que su voz soberana, á la que todo obedece, decida de los destinos de Egipto.

TIREO. Tomad el partido mas honroso para vos. Cuando la prudencia y la fortuna luchan, si la primera se atreve solo á aquello de que es capaz, ningun acontecimiento la dejará burlada. Concededme el favor de llenar un deber mio hácia vuestra mano.

CLEOP. Mas de una vez el padre de vuestro César, para descansar de sus planes de conquistas, imprimió sus labios en esta pobre mano, y la cubrió con una lluvia de besos.

¡Qué magistralmente está pintada la coquetería de Cleopatra en esta escena! Antonio, que al entrar en aquel acto, monta en cólera, la maldice, castiga al mensajero; pero, desarmado de nuevo por las caricias de Cleopatra, vuelve á sus preyectos de victorias, y como preparativo quiere pasar una noche de orgía. En vista de esto Enobarbo exclama: « Pretende sobrepajar al rayo. Enfurecerse equivale á estar lleno de miedo, y en los accesos de este la tímida paloma atacaría al gavilán. Veo que mi general no gana corazon sino con la pérdida de la cabeza. Cuando el valor usurpa lugar sobre la razon del guerrero, este embota el filo de la espada con que combate. Buscaré medios de abandonarle. »

En el acto IV Octavio lee en su campamento una carta de Antonio: « Me trata de chico, y me amenaza como si estuviese en su mano arrojarme de Egipto; ha hecho azotar con varas á mi mensajero y me desafía á singular batalla.... ¡César contra Antonio!!! Sepa el viejo libertino que hay para mí muchas otras maneras de morir entretanto me rio de su reto. »

MECÉN. César debe conocer que un perso-

naje tan elevado como Antonio, no se pone furioso sino por desesperacion; es una fiera cansada que está para entregarse. No le deis tregua; aprovecháos de su turbacion: el furor no ha sabido nunca conservarse ni defenderse.

En Alejandría, Antonio anima á los suyos: « Mañana ¡oh soldados! combatiré por mar y tierra, y ó viviré, ó muriendo lavaré mi contaminado honor en sangre que le hará revivir. ¿Estás dispuesto para el combate? »

ENOB. Heriré gritando: *No se da cuartel.*

ANT. Perfectamente; ven. Llama á mis sirvientes, y que nada se perdone para pasar bien la noche. (*Á los criados.*) Dame tu mano; tú me has servido siempre con fidelidad.... y tú tambien.... y tú.... y tú. Vosotros me habéis servido bien y habéis tenido reyes por compañeros.

CLEOP. ¿Qué significa eso?

ENOB. (*aparte*). Es uno de los esfuerzos de un alma afligida que trata de salir de su pos-tracion.

ANT. Y tú tambien eres un hombre honrado: mi deseo sería que todos vosotros no formárais mas que un Antonio, y que yo me convirtiese en vosotros todos para poderos servir bien á mi vez.

SIRV. No lo permitan los dioses.

ANT. Animo, mis buenos amigos; seguidme aun esta noche: no economicéis vino á mi copa, y tratadme como ántes, cuando el mundo, aun mio, obedecía, como vosotros, á mis leyes.

CLEOP. ¿Qué objeto se propone?

ENOB. Hacer llorar á sus amigos.

ANT. Obedecedme aun esta noche: quizá sea el último dia en que servís á Antonio; quizá no volváis á verme sino como pálida sombra. Podrá suceder que mañana sirváis á otro señor... Mis miradas se fijan en vosotros, como las de un hombre que os dice adios. Mis buenos amigos, no es vuestro señor quien os despide, no; inseparablemente unido á vosotros, no os abandonaré sino muriendo. Servidme aun dos horas; no os pido mas, y rogaré á los dioses que os premien por ello.

ENOB. ¿Qué os proponéis, señor, afligiéndolos de ese modo? Mirad cómo lloran; y tambien mis ojos ¡insensato! se humedecen. En nombre del honor, no nos convertáis en mujeres.

ANT. Detente, detente; castigüeme el infierno si tuve tal intencion. ¡La felicidad florezca en el suelo que bañan esas lágrimas! Mis dignos amigos, vosotros dáis á mis palabras un sentido demasiado siniestro; os hablaba así para reanimar vuestro valor, y quiero que esta noche esparzan su brillo mil esplendidos fanales. Sabed, amigos míos, que confío en el dia de mañana, y os conduciré á una parte donde espero encontrar victoria y vida, mas bien que deshonor y muerte. Vamos á sentarnos á la mesa; venid y sofoquemos toda reflexion. (*Salen.*)

Sin embargo, aquel valiente, aquel fiel Enobarbo le abandona.

SOLDADO. Llama ahora á Enobarbo, y no te oirá, ó te gritará desde el campamento de César: *No soy de los tuyos.*

ANT. ¿Qué dices?

SOLD. Señor, se ha ido con César.

ERO. No llevé consigo bagaje, tesoro, nada.

ANT. ¿Con que ha partido?

SOLD. Sin duda.

ANT. Vé, Ero, envíale su tesoro; haz lo que te digo; no le retengas ni un óbolo, te lo mando: escribele y yo firmaré: saludale en mi nombre con los términos mas corteses y benignos. Dile que deseo no tenga nunca razones mas fuertes para cambiar de señor. ¡Oh! mis desgracias han corrompido hasta los hombres mas honrados. Date prisa, Ero.

Á Enobarbo que está en el campamento de Augusto se le presenta un soldado, y le dice: « Antonio te envia todos tus tesoros con expresiones de sincero afecto. Su mensajero ha venido conmigo, y está ahora en tu tienda descargando las acémilas.

ENOB. Te lo doy todo á ti.

SOLD. No te burles, Enobarbo. En verdad te digo que sería mejor vinieses á escoltar al mensajero hasta fuera del campamento; si no tuviera que atender á mis obligaciones, le habria escoltado yo mismo. Tu emperador continúa portándose como Júpiter. (*Sale.*)

ENOB. Soy el único hombre vil de la tierra, y siento toda mi ignominia. ¡Oh Antonio! alma inexhausta en generosidad, ¡cómo hubieras recompensado mis servicios y mi fidelidad, tú que coronas mi infamia y la cubres de oro! Al ver este último rasgo, mi corazon no cabe dentro de sí, y si el remordimiento no lo despedaza en breve, un medio mas pronto sofocará mi remordimiento; pero este me matará, lo conozco. ¿Combatir yo contro ti? No, voy á buscar alguna gruta donde pueda morir; el mas horrible sepulcro debe ocultar la vergüenza de mis últimos dias.

En efecto, sucumbiendo á la idea de la traicion, sale y se mata. Antonio vence en tierra, pero es vencido en el mar:

« ¡Todo se ha perdido! ¡La infame Egiptia me ha hecho traicion otra vez! Mi escuadra se ha entregado al enemigo; he visto á mis soldados arrojar al aire sus yelmos y beber con los de César, como amigos que se encontrasen inesperadamente. ¡Oh, mujer cien veces infiel! tú me has vendido á aquel rapaz, y solo contigo está ya en guerra mi corazon. Pues bien (*al esclavo*), dí á todos que huyan, porque cuando me haya vengado de la furia, cuyas infernales caricias me han muerto, todo habrá concluido para mí, mis destinos estarán consumados. ¡Oh sol! ¡no te volveré á ver subir en el horizonte! Antonio y la fortuna se separan aquí para siempre, se dan el adios de la eternidad. ¡A esto debía venir á parar todo! Aquellos corazones que no parecían latir sino por mí, (*Salen.*)

y cuyos menores deseos colmaba, se prostiuyen hoy á la naciente fortuna del jóven Octavio, y huyen del que los protegía con su sombra, como pino despedazado por el rayo. ¡Me han vendido! ¡Oh pérdida Egiptia! ¡Esa divina encantadora, que con una mirada armaba mi brazo, y cuyo seno era para mí un trono de gloria y el objeto de todas mis fatigas, como una desleal me ha vendido, me ha precipitado en el fondo del abismo! ¡Oh Ero, Ero! (*Entra Cleopatra.*) ¡Ah! ¡retírate, larva celeste!»

CLEOP. ¿Acaso está mi señor irritado contra su amante?

ANT. Véte, parte, huye ó te daré tu galardón, y amargarás el triunfo de César. Vive, para que te encadene y presente como un espectáculo al pueblo de Roma; vé á seguir su carro en medio de los insultos públicos, y á mostrar á todos los ojos el mayor oprobio de tu sexo. Serás expuesta á las miradas del vulgo, como se enseña un monstruo raro por unos cuantos óbolos... ¡Ah! ¡que la paciente Octavia te desfigure entónces el rostro con las uñas que se deja crecer para la venganza! (*Cleopatra sale.*) Has hecho bien en irte, si para tí es un bien la vida; pero mejor te hubiera estado morir por mi mano; pues con un glope mi furor te salvará de mil muertes. — ¡Hola, Ero! La túnica de Neso me circunda. Inspírame; ¡oh Alcides! mi ilustre abuelo, inspírame tu rabia, cuando lanzabas á Licas al seno de las aguas, y préstame aquellas manos robustas con que manejabas tu enorme clava, para poner fin á mi existencia. La infiel debe morir, me vendió al rapaz romano y muero víctima de sus tramas. Ella tambien morirá.

Cleopatra se libra de su furor refugiándose en el monumento, y hace le digan que se ha matado; entónces Antonio desesperado se atravesaba el cuerpo, exclamando como un estóico: « Que la fortuna no se goce en nuestras lágrimas. Aceptad, ¡oh compañeros! con serena frente los golpes que nos asesta; venguémonos de ella recibiendo sus golpes con noble altivez. Llévadme de aquí; muchas veces os he conducido; conducidme vosotros ahora, amados compañeros. Os lo agradeceré. »

Octavio, al recibir la noticia de su muerte, exclama: « Llorad, amigos míos. Que los dioses me retiren su favor, si esta muerte no debe hacer llorar á los reyes. »

AGR. ¿Cosa extraña es que la naturaleza nos obligue á lamentar nuestras mas voluntarias acciones!

MECÉN. Sus virtudes contrapesaban sus vicios; tenia muchas manchas y mucha gloria.

AGR. Nunca alma mas rara ha vestido la forma mortal. Pero vosotros, ¡oh dioses! habéis decidido dejarnos siempre alguna flaqueza que nos venda y descubra que somos hombres. ¡Mirad! César se entenece.

MECÉN. Se contemplá á sí mismo en el grande espejo puesto ante sus ojos.

CÉSAR. ¡Oh Antonio! te he perseguido hasta

aquí... pero nosotros mismos somos los autores de nuestros males. Convenía, ó que yo apareciese á tu vista en un estado de degradación, ó que fuese espectador de tu miseria: no podíamos habitar juntos en un mismo mundo. Sin embargo, permítaseme á lo ménos llorar con lágrimas de sangre la fatalidad de nuestros destinos; permítaseme gemir por ti, hermano mio; mi colega en todas las empresas, mi compañero en el mando, mi amigo y camarada en los primeros órdenes de batalla; por ti, brazo derecho de César, corazón del cual tomaba el mio su valor y sus nobles sentimientos. ¡Ah! ¿nuestras irreconciliables estrellas debían, pues, dividir de este modo nuestras fortunas iguales para conducirnos á tan mísero fin?

Pero ni en medio del pesar olvida la ambición: « Oyeme, Proculeyo; vé á decir á la reina que no tema ningun trato humillante de parte nuestra, suminístrale aquellos consuelos que exija la índole de sus dolores. Velemos sobre ella. El sentimiento de su grandeza pudiera hacerla atentar contra sus dias y burlar nuestras esperanzas; Cleopatra conducida viva á Roma eternizará nuestro triunfo. Vé y vuelve pronto á participarme lo que haya dicho y lo que descubrieres de sus sentimientos. »

Proculeyo, en efecto, trata de persuadir á Cleopatra á que confíe en la clemencia de Augusto; y cuando este se presenta ante ella, la reina le expone la lista de todos sus tesoros: « Señor, aquí tenéis el estado de mis riquezas, de la plata y las joyas que poseo (*presentándole un papel*). Es exacto, y no he omitido ni aun los efectos mas pequeños. ¿Dónde está Seléuco?

SEL. Aquí estoy, señora.

CLEOP. Este es mi tesoro; podéis interrogarle: bajo pena de la vida mandadle que declare si ha ocultado alguna cosa. ¿He dicho la verdad, Seléuco?

SEL. Señora, preferiría perder el uso de la palabra á afirmar con riesgo de mi cabeza lo que no es.

CLEOP. ¿Qué he ocultado, pues?

SEL. Lo suficiente para rescatar todos los tesoros que habéis manifestado.

CÉS. No te sonrojes, Cleopatra; alabo tu prudencia.

CLEOP. ¡César, considera como la mayor parte de los hombres sigue servilmente el rumbo que lleva la fortuna! Todos mis servidores me abandonan para entregarse á ti; y si trocásemos de papeles, todos los tuyos te dejarían para correr á mi lado. La ingratitud del vil Seléuco pone el colmo á mi furor. ¡Oh miserable esclavo mas pérfido que el amor mercenario! ¡Cómo! ¿me vuelves la espalda? Haces bien; véndeme, te lo permito; pero, aunque tengas alas para huir de mi venganza, ella sabrá alcanzarte. ¡Esclavo perverso, indigno, infamemente vil!

CÉS. Buena reina, deja que te supliquemos.

CLEOP. ¡Oh César! ¡qué cruel afrenta para mí! Cuando vos, en el esplendor de vuestra

grandeza, os dignáis honrar con vuestra visita á una desgraciada vencida por el infortunio, mi propio dependiente agrava el peso de mis males con su vil traición! Pues bien, generoso César, aun cuando hubiera reservado algun adorno frívolo de mujer, algun objeto de poco valor, alguno de esos dones inútiles con que se festejan los nuevos amigos; aun cuando hubiese apartado algun regalo para Livia, para Octavia, con objeto de interesarlas en favor mio, ¿debía esperar que procediese mi acusación de un hombre á quien he alimentado? ¡Oh dioses! este rasgo de ingratitud me precipita aun mas abajo del abismo en que habia caído. Por compasión, huye de mi vista (*á Seléuco*), ó te haré ver que el sentimiento de mi grandeza pasada vive aun bajo las ruinas de mi fortuna. Si fueses un hombre, te lastimarias de mí.

CÉS. Calla, Seléuco. (*Seléuco sale.*)

CLEOP. Sepa el mundo cuál es la suerte de los soberanos. Se nos acusa de las faltas que cometen nuestros ministros, y si caemos del trono, sufrimos la pena de los delitos ajenos: esta desgracia que va unida á la grandeza, hace bien digna de lástima la condicion de los reyes.

Este lance tan teatral es histórico. Algun escritor añade que, coqueta aun en el impetu mismo de su cólera, se levantó del lecho medio desnuda para pegar al tesorero, ostentando así á los ojos de Augusto sus bellezas, que no ablandaron sin embargo la fria ambición del vencedor.

No se escondió ya á Cleopatra la suerte que le estaba reservada. « Ira ¿qué piensas hacer? ¿Vendrás por las calles de Roma, lo mismo que yo, sirviendo de blanco á las imprecaciones y burlas? ¿La chusma de los artesanos con sus vestidos sucios, y llevando en la mano sus herramientas, nos levantarán, pues, brutalmente en sus brazos para mostrarnos á la multitud, enfermándonos con sus alientos impuros y mezclados con nubes de polvo? »

IRA. Los dioses nos preserven de ello.

CLEOP. Tal es la suerte que nos espera ¡oh Ira! Insolentes lictores nos señalarán con el dedo, como ramerías públicas; miserables titiriteros nos pondrán en coplas con discordante música; histriones, improvisando un drama sobre nuestra historia, nos sacarán á las tablas, y expondrán á la vista del pueblo nuestras orgías de Alejandría; Antonio será presentado en la escena ebrio y vacilante, y yo veré algun rapaz de voz chillona, grotescamente disfrazado de Cleopatra, envilecer mi grandeza con los actos de una meretriz.

Ha conseguido proporcionarse el áspid, y su picadura la libra de los cesarianos, que al llegar no encuentran mas que un cadáver.

En esta tragedia los caracteres no tienen tanto relieve, ni las escenas tanta union, ni la trama tanta sencillez como en el *Julio César*; tampoco la noticia de los hechos que pasan fuera de la escena es tan clara que baste, como de-